EL EJÉRCITO Y LA COLONIZACIÓN DEL SUR

Por: POMPILIO DUARTE GRACIA
Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2, Volumen V
1938

La verdadera posesión del territorio nacional después de demarcados los límites y llenadas las formalidades fijadas en los Códigos Internacionales, consiste en la ocupación del terreno por habitantes nacionales y por el establecimiento de las autoridades competentes. A primera vista parece sencillo el cumplimiento de los dos últimos requisitos establecidos por la experiencia, pero cuando se trata de vastos territorios selváticos, colocados a miles de kilómetros de distancia de los centros poblados, con terrenos inadecuados al cultivo de cereales de rutinario y conocido cultivo, es un problema complejo y sobre todo difícil de llevarlo a la práctica, en una forma efectiva, sin erogaciones continuas y pesadas para un estado que necesita producir y exportar; es necesario no sostener una situación ficticia, sino conservar una situación normal de producción que le permita equilibrar sus entradas y salidas al menos.

Después de aceptar como verdaderos los puntos anteriores, *sería presuntuoso*, dar la fórmula o solución del problema en cuestión, de manera enfática y definitiva. Más si se tiene en cuenta que el autor de las presentes líneas carece de conocimientos especiales al respecto y tan sólo cuenta con la observación y estudio durante la estadía de año y medio en las regiones del Caquetá, Putumayo y Amazonas, de datos suministrados por los habitantes de la región y de buena voluntad para cooperar en las misiones que en parte al ejército corresponden. Por tal razón, tan solo se incluye a continuación un incompleto plan de probables buenos resultados.

Antes de comenzar, parece necesario consultar a la historia qué experiencias hay al respecto. Demasiado conocida es, desde hace cinco años, la suerte que ha correspondido a aquellos territorios, sobre los cuales pesa algo de leyenda y mucho de realidad.

Anterior a la época del caucho, los indígenas aparecen dueños de la región; su vida rudimentaria e inactiva no deja siquiera ruinas; lo feraz del terreno se encarga de borrar los sitios, siempre provisionales que ellos ocupaban. De cien mil habitantes en total, tan solo una parte pequeña pudo recibir instrucción de las misiones y hoy se encuentra unida a la civilización; la falta de precauciones y convenientes medicinas mermó considerablemente aquella cifra que parece exagerada. Viene la explotación del caucho. Multitud de hombres son instrumentos de la ambición extranjera; víctimas del abuso y de la incomprensión de los capataces, mueren o huyen para desatar el yugo de la esclavitud. Hay una nueva merma en el número. Los pocos colombianos del interior que se fueron en busca del codiciado oro

gelatinoso, quedaron aislados, sin recursos de su país y bajo la presión de compañías de riguroso monopolio, fracasaron en su empresa. Tan solo unos veinte lograron subsistir y sus servicios al país los hace acreedores a respeto y consideraciones especiales. Estos colombianos, de verdadera experiencia, conocedores del terreno y de la flora, representan un valor incalculable para la colonización, son peritos en el ramo, hay necesidad de viajar con ellos por entre la selva para observar que los agrónomos graduados tienen mucho que aprenderles, no porque éstos sean poco preparados, sino por la circunstancias de que estas tierra y flora difieren totalmente de la montañosa. Entre ellos se encuentran los nombres de Guzmán Vargas, Hico, Cachaya, Calderón, Carvajal, Chavaco, Crevollo, Rodríguez y otros.

Viene la colonización y se forman pequeños núcleos de población. Luego el conflicto y se ensanchan, hay nuevos puertos. Regularizada la navegación hay facilidades relativas de transporte. La tropa constituye un elemento de consumo y alrededor de las guarniciones hay algún comercio, que en lo general es extranjero.

El trabajo de las entidades civiles y militares ha sido constante, arduo y difícil; todos cooperan con entusiasmo por el adelanto de la región. Hay gran progreso, en el sentido de las comodidades para vivir, pero el consumo de artículos extranjeros puede calcularse en un 90%. Al averiguar cuál es el motivo de esta cuestión, puede con-testarse: la difícil comunicación con los centros productores nacionales; vía Nariño-Putumayo, Nariño-Caquetá y Huila-Caquetá, como secundaria en este sentido.

Las cuestiones absolutamente fundamentales son las siguientes:
1.° La colonización es completamente estable, sin el apoyo del Estado y sin el establecimiento de grandes núcleos de tropa, ¿o está en vía de serlo?

2.° La navegación podrá subsistir sin el desembolso de fuertes sumas de dinero, ¿o podrá algún día producir utilidades?

3.° La región produce rentas para el estado, ¿o está en vía de producirlas?

Después de un pequeño análisis, veremos claramente que la repuesta es rotundamente negativa. Basta preguntar, qué produce la región; entonces podemos ver que: no exporta, no introduce del propio país, y, como vimos anteriormente, el 90% de lo que consume es extranjero. Prodúcese así una filtración total de más de un millón de pesos anuales que van al exterior.

Conclusiones.

Como hasta ahora no se ve la labor colonizadora y, si existe, únicamente está encaminada al sostenimiento de un reducido número de colonos, que producen para su propio consumo (yuca y plátano), y en parte para suministrar de estos productos a algunas guarniciones y empleados nacionales, es necesario organizar mejor la colonización para que produzca efectos más importantes, ya que los demás sectores del país necesitan de sus propias rentas y no sería justo que siguieran contribuyendo indefinidamente.

En general, se afirma que el terreno de la selva es improductivo, a menudo se oye decir "produce dos cosechas y nada más"; esto con respecto a los cereales de consumo inmediato. Pero hay dos razones: la primera consiste en que es necesario escoger el terreno apropiado para cada cultivo; y la segunda, en que los terrenos producen árboles, palmas y trepadoras; entre estas especies se encuentra: la palma *mil pesos*, el castaño, cacao, barbasco, tagua, vainilla, sarrapia, caucho, gebe, café y otras magníficas que producen un bello campo para la exportación, pues el valor de estos productos fluctúa entre $ 0.50 y $ 2.00 el kilo. No se exporta actualmente o se hace en ínfima escala, porque la recolección de estos productos, que se encuentran regados en la selva, es difícil y costosa. Más, podemos ver que Inglaterra, Francia, Brasil y Perú nos enseñan que hay necesidad de recoger las semillas y sembrar los árboles. Es decir, es necesario sembrar para recoger.

Los pequeños productores y colonos no lo hacen porque la demora entre el empleo del dinero o del trabajo y la recolección del fruto, fluctúa entre los 4 y los 8 años.

Las siguientes cifras nos darán idea de la labor que pueden llevar a cabo el ejército, la policía y los colonos sin hacer grandes inversiones de dinero para convertir la selva en un campo productivo y útil. Con los mismos gastos actuales, seiscientos hombres del ejército, cien de la marina y trescientos colonos (en total mil) sembrando cada hombre un árbol cada ocho días, tendremos en un año cincuenta y dos mil (52.000) árboles, y en diez, quinientos mil. Con un esfuerzo muy pequeño se podría llegar al cultivo de dos árboles por semana, con lo cual se conseguirían en diez años un millón cuarenta mil (1.040.000) árboles que, en cálculo aproximado, representarían dos millones (2.000.000) de kilos para la exportación de valiosos productos.

Como se ve, con cálculos que en ningún caso serán exagerados, sino al contrario, muy reducidos, se llega a tales cifras; y es natural que con la colaboración eficaz del Ministerio de Agricultura en esta clase de cultivos y la necesaria labor de los verdaderos conocedores ya nombrados, se llegaría a realizar lo que en otros países se ha real izado, a pesar de tener que recolectar las semillas a miles de kilómetros de distancia.

Como consecuencia de una apreciable producción vendría necesariamente una gran cantidad de brazos que representarían moradores útiles al país en las regiones limítrofes, llevados allá por un ideal efectivo.

Si se considerase demasiado pesada o incompatible con las actividades militares y de policía la iniciación de una obra de tan halagadores resultados como ésta, que no parece en ningún caso exagerada, pues se emplearía en esta labor, a lo sumo, un día en la semana, sé podría llegar a otra organización de trabajos empleando únicamente los colonos y habitantes de las regiones en forma adecuada.

La idea sugerida con respecto al ejército, tiende a colocarlo en una atmósfera de reconocimiento nacional y como iniciador de una de las más importantes y eficaces tareas en el desarrollo y ocupación de nuestras fronteras.